

# Ancestralidad contemporánea

Selnich Vivas Hurtado

Replicará altisonante en medio de tantos lemas modernos. Replicará a la vista de todos, en las calles abarrotadas de carros, en los campos floridos de avenidas. Se sentirá como un fantasma que aviva cada una de las regiones y los planos del planeta. Es la misma madre que se defiende de sus hijos díscolos. Esos que impusieron el proyecto judeocristiano, ilustrado y capitalista (o comunista), ahora completamente indefendible. Jamás tuvieron la intención de satisfacer las expectativas mínimas que habían creado en sus fieles seguidores. Antes al contrario, hicieron de ellos obsesivos consumistas insatisfechos y buenos corazones violentos. Les habían prometido confort, libertad, justicia y Dios, pero a cambio les extirparon amplias zonas del cerebro en donde germinaban alternativas que no se amoldaban al ideal occidental de vida urbana: mercantil y mecanizada y, por ende, racionalizada, es decir, controlable. Les prometieron la felicidad y les aseguraron el vasallaje a las drogas y al entretenimiento. Levantaron muchos puentes y edificios maravillosos (catedrales, centros comerciales) pero no les fue posible ocultar la verdad: eran completamente incapaces para asegurar la vida. Frente al pensamiento ancestral, elaborado por fuera de cualquier sentido de utilidad y rentabilidad, eran apenas unos niños irresponsables jugando con armas.

Es fácil darse cuenta del engaño: la sociedad moderna diseña de manera rentable la deshumanización del mundo y la extinción de la vida, a favor del lujo de unos pocos. Y lo peor: nos inculca el culto a las máquinas, los árboles de plástico y los alumbrados navideños.

Mis abuelos tuvieron tierra hasta que empezaron a pagar los servicios de agua y luz, hasta que empezaron a pagar impuestos. Lo que era vientre pasó a ser mercancía costosa, destierro y orfandad para la mayoría. Hoy respiramos oxígeno sin costo alguno; mañana, contando con algo de cinismo, cargaremos cilindros individuales prepagos y recargables por internet. No se olvide que en 2014 el número de millones de celulares supera el número de seres humanos.

El juego consiste en llamar civilización y progreso a lo que en realidad es una tumba. Nos suministran energía eléctrica, pero nos arrebatan la montaña y el río. El crédito es miserable, pero la deuda es eterna. Ya no basta que hablemos una lengua europea para que nos consideren modernos y civilizados; se mantienen las diferencias entre los contribuyentes de primera y los de tercera. Tampoco es deseable que defendamos nuestra lengua nativa para que nos identifiquen como nativos (indígenas, afros, amarillos, etc.) o respeten nuestras creencias; siempre nos pedirán una prueba científica, legal, y de cumplirla nos someterán a la exclusión, al racismo. Oscilamos entre dos polos de represión cognitiva: aprendemos a las patadas las bondades y a la perfección las perversiones de Europa. De otro lado, hablamos del mundo indígena —hay indígenas en todo el planeta, incluso en Europa— desde la ignorancia supina y el prejuicio cristiano. La vergüenza étnica nos impide sentir interés por cualquier cultura que no sea eurocéntrica, letrada. Mejor sentirnos europeos que descubrir una gota de indígena o de afro en casa. Si hay algo

de indígena en nosotros es mejor silenciarlo para evitar el rechazo social.

Los predicadores de la inferioridad indígena se indignan cuando una cultura indígena juzga a los guerrilleros asesinos o cuando rechaza la presencia en su territorio del ejército, de los paramilitares, de las iglesias y de las multinacionales. Pensamos que es un capricho infantil descreer de las leyes del Estado democrático, pues se nos antoja que quienes escuchan el canto del jaguar y conversan con la boa no son otra cosa que animales. Ni a un demócrata ni a un anarquista, mucho menos a un cristiano o a un neoliberal, se le ocurrirá aceptar que el árbol sigue creciendo aunque se le corte. Por falta de experiencia con las vivencias ancestrales, a los modernos les es imposible comprender que los danzantes de Atacomulco, Pucallpa, Guarne y Nofiko sostienen la fecundidad del planeta. Que la cosmodanza es más dulce que cualquier cosmovisión; no impone una mirada sino que la construye en colectividad, neutralizando las energías desbordadas.

Si hay una gota de luz en el entrecejo, y la luna y el ombligo comparten energía y el kirtan promueve la comunión entre los seres en nosotros, eruditos e ilustrados, se aviva más bien el deseo de arrasar la barbarie. Aunque el rafue armonice la chagra con los deseos y las necesidades humanas, a nosotros nos parece la expresión del demonio y del mal gusto. Las dos cabezas del cóndor siguen las señales de la cola de un lagarto y la imagen se aparece en las preguntas que organizan el abuelo yagé, el abuelo yopo, el abuelo peyote o en las losas gigantes de San Agustín o de Oaxaca. Los nativos del planeta se han comunicado mutuamente desde siempre y saben que América también es África y que nos bañamos en el mismo río que sostiene Yemanyá.



“Jaguar” de la serie *Formas de la espiritualidad mayas* Tzeltal, 2011. Linografía. 9 x 13 cm

Vivimos una ancestralidad contemporánea innegable. Exotizada por los mercachifles, es cierto, pero ineludible en la vida cotidiana. No se trata de una vuelta al pasado remoto, sino de un complemento al ritmo de hoy. Lo indígena no ha sido ni es lo prehispánico ni lo superado. Ha pervivido en la especie y es alternativa al progreso devastador, a la esquizofrenia y la depresión. Es medicina y sana sin seguro médico, pues somos hijos del mismo vientre; hermanos de la piedra, del pájaro y del mar. Nadie es mejor o peor por su color o su especie o su lengua. Hemos venido para aprender a respirar el aire juntos, a sobrellevar la chica del mundo amargo. No estamos solos: “tech tlahlamictia huehuetlacameh”, recibimos consejos de los ancianos, y en este jágíyi o aliento de vida aprendemos que la vida es un Dasein plural y no un síntoma. La ancestralidad contemporánea es el contrapeso del mundo administrado; fiesta de reconciliación entre los hijos extraviados y la madre naturaleza.

Selnich Vivas Hurtado es narrador y poeta. Se desempeña como profesor en la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.